

PINOCHO

AÑO. III
NUM. 128.

25 cts

31. JULIO
1927

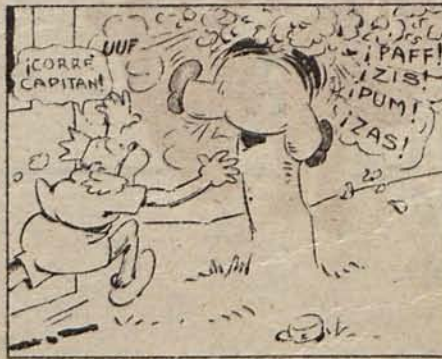


—YO HUBIERA QUERIDO VIVIR EN LA ÉPOCA DE LOS REYES GODOS
—¿POR QUÉ?
—¡HOMBRE! ¡PARA ESTUDIAR MENOS HISTORIA DE ESPAÑA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL PUENTE MALDITO

CUENTO POR EMILIO SALGARI

(Conclusión.)

simple pasadera formada por dos larguísimos troncos de abeto, apoyados en las orillas y protegidos en los bordes por una balaustrada de ramas toscamente entretrejidas.

Los dos hombres aventuráronse con el corazón palpitante, teniendo los fusiles apuntados para estar prontos a todo.

Los dos troncos de abeto crujían bajo sus pies; pero los rugidos ensordecedores del remolino impedían que fuesen oídos desde el extremo opuesto.

No parecía que nadie vigilase el puente. Los bandidos, seguros de que Folgat no se atrevería a desobedecer sus órdenes, debían haberse refugiado en su choza para descansar un poco y resguardarse de la niebla. Faltaban aún muchas horas para amanecer y, por lo tanto, era inútil poner guardia en el puente.

—No se ve a nadie —dijo Folgat, que estaba ya junto al otro extremo.

Recorrió lo que faltaba y saltó a la otra orilla. Roberto estaba ya a punto de seguirle, cuando dos bultos negros le saltaron encima de improviso, le alzaron en vilo y le echaron fuera de la barandilla.

Oyóse un grito y en seguida un ruido que fué cubierto por los rugidos del remolino.

.....
Cuando el sol empezaba a disipar las tinieblas y hasta la niebla, Folgat fué encontrado en las cercanías de la granja de Jorge Stowe dando vueltas como un loco por los terrenos cultivados de su amigo.

¿Cómo se encontraba allí? El mismo era incapaz de decirlo, pues parecía que su cerebro había sufrido una fuerte sacudida. Tenía los ojos desencajados, gesticulaba como en delirio y pronunciaba palabras sin hilación.

—El francés... el Puente Maldito... los bandidos le han ahogado...

Jorge Stowe, rico colono que poseía una granja inmensa, habitada por más de cuarenta personas entre cazadores y mozos de labranza, apenas avisado de la presencia de su amigo, hizo que lo llevasen a una habitación, cuidándose bien de decir nada a la hija del pobre hombre para no asustarla.

Folgat deliraba, no cesando de hablar y repitiendo siempre las mismas palabras: «Puente Maldito... bandidos... francés... ahogado...»

No necesitó más Jorge Stowe para comprender que se había cometido un nuevo crimen en el Puente Maldito. No acertaba, sin embargo, a adivinar quién podía ser la víctima.

Sólo al mediodía, en un momento de lucidez, Folgat pronunció el nombre de Roberto Garran.

Aquello fué para el rico colono una revelación.

Conocía la promesa cambiada diez años antes entre Folgat y Félix Garran y en seguida adivinó lo que debía haber sucedido.

El *Oso Rojo*, que aspiraba a la mano de la bella y rubia Ellen, debía haber sorprendido a su rival, precipitándole desde lo alto del Puente Maldito.

¡Era ya demasiado! Hacía falta acabar con aquella pequeña banda de bribones que desde tres meses atrás aterrorizaba a todos los colonos de las cercanías, y que hasta había tenido la audacia de presentarse ante su granja.

Jorge, que era un valiente, llamó a todos los cazadores y mozos de labranza que tenía bajo su dependencia, les hizo distribuir buenos fusiles y municiones en abundancia y les dijo con voz decidida:

—Vamos a destruir a aquellos bandidos. ¡Ha llegado su última hora!

Dejó al amigo Folgat al cuidado de algunos ancianos que no podían tomar parte en la peligrosa expedición y partió resuelto a acabar de una vez con el *Oso Rojo* y sus secuaces.

El Puente Maldito sólo estaba a unas seis millas de la granja. Para impedir que los bandidos pudiesen escaparse por la orilla opuesta, Jorge Stowe dividió a su gente en dos grupos que debían acercarse al puente a escondidas y coger al enemigo entre dos fuegos.

Metiéronse por dentro de los bosques de pinos para que no les viesen y llegaron casi simultáneamente a las dos orillas del Ottawa.

Los bandidos encontrábanse en su choza, una casucha construida junto al puente con troncos de árboles y pieles. El humo que salía por un viejo tubo de hierro les había denunciado.

Los dos grupos, al llegar a unos cincuenta pasos, hicieron algunos disparos, gritando:

—¡Rendíos, o sois muertos!...

Los bandidos, al oír los primeros tiros, salieron afue-





ra con las armas en la mano. Entre ellos estaba el *Oso Rojo*, un hombre de dos metros de altura, grueso como un rinoceronte, con una

gran barba roja mal cuidada.

Viéndose cogidos entre dos fuegos, descargaron sus fusiles y se lanzaron al puente para salvarse huyendo por la orilla opuesta. Estaban ya en la mitad del puente, cuando en el otro extremo apareció una forma humana que llevaba una pelliza toda cubierta de hielo y que tenía un hacha en la mano.

—¡Perros! —gritó—. ¡Ahora caeréis en el abismo! ¡Roberto Garran ha salido vivo, pero vosotros, no!

Y con cuatro o cinco hachazos dados con fuerza irresistible partió los dos troncos. El puente se inclinó hacia el precipicio, y las olas del río rugían y salpicaban de espuma lo que les rodeaba.

Oyéronse gritos y juramentos espantosos, a los que siguió un gran estruendo. El puente había caído y los bandidos fueron precipitados al río, cuyas aguas cerraronse tras ellos.

Jorge Stowe y su gente habían presenciado aquella escena horrible sin intentar nada para prestar socorro a los bandidos, pues juzgaban su muerte bien merecida.

Todos se preguntaban, en cambio, quién era aquel hombre que parecía un espectro salido de un bloque de hielo y que había llegado tan a punto para impedir la huida del *Oso Rojo* y de sus bandoleros.

El desconocido, después de mirar hacia el precipicio para asegurarse de que ninguno de aquellos miserables había conseguido salvarse, volvióse hacia Jorge Stowe, preguntándole:

—¿Y Folgat, dónde está?

—A salvo, en mi granja —contestó el colono—. ¿Y usted quién es?

—Roberto Garran.

—¿El que habían echado por el puente? —preguntó el colono estupefacto—. ¿Estáis vivo o sois la sombra de aquel desgraciado?

—Estoy vivo; pero me estoy muriendo de frío.

—¡Un puente! ¡Hace falta improvisar un puente! —gritó Stowe—. ¡Es preciso salvarle!

Veinte hombres dirigieron al bosque, en donde alzábanse pinos enormes. En poco tiempo echaron dos a tierra lo suficientemente largos para echarlos de orilla a orilla, y los empujaron sobre el río, echando al propio tiempo unas cuerdas para que Roberto pudiese pasar.

Media hora más tarde, el que creían muerto encontrábase en los brazos del valiente colono.

Fué encendida una buena hoguera, le quitaron la ropa que estaba cubierta de hielo y le envolvieron en una manta de lana bien caliente; un buen trago de *whisky* le hizo entrar en calor y recobrar fuerzas.

Cuando Jorge vió que estaba en estado de ser transportado a su granja, mando construir unas angarillas y todos se pusieron en marcha.

Roberto había escapado a la muerte por un caso verdaderamente milagroso. Como hemos dicho, aquella noche el Ottawa arrastraba en su carrera desordenada un gran número de bloques de hielo, desprendidos del lago que le alimentaba. Por una inaudita casualidad, en el momento preciso en que el joven iba a sumergirse, tropezó contra uno de aquellos bloques, al que se había agarrado con la energía de la desesperación.

Habíase sentido sumergir, después subir a flote, luego rodar y dar vueltas hasta que la corriente lo arrastró fuera del remolino, llevándolo a la orilla.

Buen nadador, robusto y, sobre todo, enérgico, Roberto no había perdido el sentido. Se arrastró por la orilla, escondiéndose entre unas rocas.

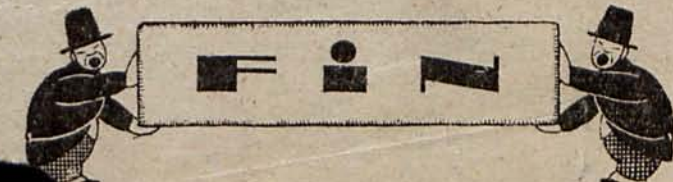
Aunque sintiese que se estaba helando, no se atrevía a dejar su escondrijo por miedo de ser descubierto de los bandidos, que se encontraban a corta distancia.

Estaba a punto de caer en un profundo sopor, precursor de la muerte, cuando oyó los disparos. En el cinto llevaba todavía el hacha. Comprendiendo que estaban atacando a los bandidos, había corrido hacia el puente y lo había cortado, haciendo caer a aquellos

bribones dentro del remolino.

Una semana después, Roberto, completamente restablecido, se casaba con la hija de Folgat, hermosísima joven de rubios cabellos y ojos negros, de la que se había enamorado locamente sólo al verla.

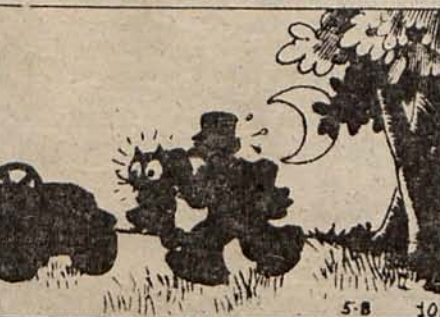
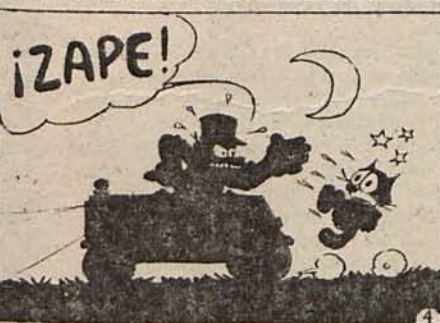
Folgat es ahora el más feliz de los colonos del alto Canadá, y Roberto y Ellen no son menos dichosos que él, formando la pareja más admirable de toda la comarca.



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

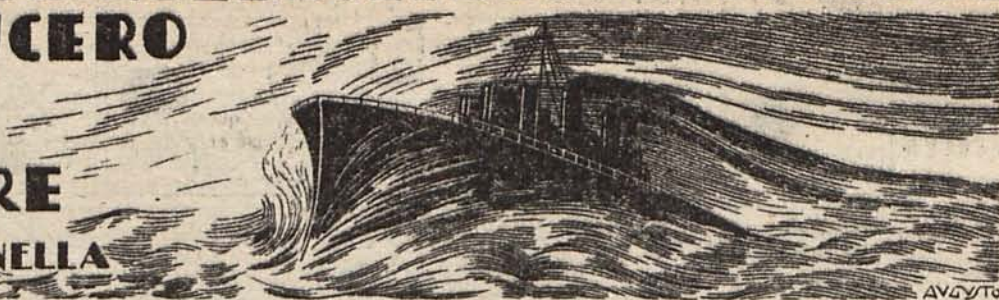


PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A. M. GIANELLA



(Continuación)

Finalmente llegó la noche; el cielo estaba cubierto, el mar casi en calma, pero oscuro.

Noche más tenebrosa, y, por tanto, más a propósito para una tentativa de aquel género, hubiera sido difícil encontrarla.

El joven comandante del crucero tomó esta circunstancia como un indicio del favor que la Providencia otorgaba a su empresa, y puso manos a la obra con corazón más fuerte y ánimo más alegre.

Mandó apagar todas las luces a bordo y dirigió audazmente la nave hacia Sydney, haciéndola detener a varios centenares de metros de la proa del yate real, cuyas luces brillaban en la oscuridad.

Era poco más de media noche; el crucero había avanzado con tanta lentitud hasta allí, que ni el más leve ruido había denunciado su presencia, habiendo sido casi insensible el oleaje producido por el movimiento de su mole.

Alberto no perdió tiempo; estrechó con muda elocuencia la mano a miss Polly y al viejo presidente de los fenianos, ya al corriente de todo lo que se había de hacer; dió orden de echar al agua una chalupa, púsose una de las escafandras, haciendo vestir la otra al oficial que había ido a explorar la posición del yate, y embarcóse con él en la chalupa armada y equipada por tres robustos marineros, después de haber cogido una de las limas y la extremidad de una cuerda que estaba atada al gancho del grueso cabo de remolque.

—¡Andando!—dijo, cuando vió que todo estaba dispuesto, poniendo mano en la barra del timón—. Bogad sin hacer ruido.

La chalupa comenzó a deslizarse silenciosamente sobre el agua, y se alejó rápida y ligera del crucero, que permaneció inmóvil y envuelto por la oscuridad.

—¿Recordáis mis instrucciones?—preguntó de pronto Alberto al oficial.

—Perfectamente.

—¿Tenéis vuestra lima?

—Sí, comandante.

—Sujetadla a la muñeca del brazo derecho con la cadena que le he mandado poner en el mango.

Si se os escapase de la mano y se perdiese, nuestra empresa se frustraría.

—No temáis, si tal sucede, no será por culpa mía.

—Cuento con ello.

—Comandante...

—¿Qué?

—Hemos llegado, o, mejor dicho, sería imprudente acercarse más.

—¿Lo creéis así?

—Sí.

—Tenéis razón. ¡Alto!

La chalupa, contenida por algunos golpes de remo a contramarcha, se detuvo casi al instante.

La proa del yate real surgía a poco más de veinte metros de distancia; a bordo reinaba completo silencio.

—¡Animo!—susurró Alberto Wendover, poniéndose el yelmo de la escafandra—, al agua; para vos, el ancla de estribor; para mí, la otra. Abajo.

Los dos hombres se echaron al agua y desaparecieron.

Transcurrieron diez minutos; de pronto, reapareció uno de ellos, seguido, tras breve intervalo, del segundo. Ambos fueron subidos a bordo de la chalupa, quitándose entonces el yelmo.

—¿Está ya?—preguntó Alberto.

—Sí—respondió el oficial en voz sumamente baja.

—¡Al crucero, a todo remo!

La chalupa, impulsada por brazos vigorosos, voló sobre la superficie del mar como una flecha, llegando en breves momentos al barco.

Al instante Alberto Wendover y sus compañeros subieron a bordo del *Crucero sin nombre*, que, entretanto, había vuelto la proa hacia alta mar, y parecía un caballo impaciente por lanzarse en desenfadada carrera por aquella llanura sin límites.

—No os preocupéis de la embarcación—dijo el comandante con voz febril—, y recoged a bordo enseguida el cabo de remolque, sujetándole fuertemente.

El yate real es nuestro.

Pronunciadas estas palabras, que produjeron una emoción fácil de suponer, saltó al puente de mando y gritó:

—¡Los artilleros a su puesto!... ¡Marcha a toda máquina, toda!... Aunque explote la caldera, si es preciso.

Pasó un minuto de ansiedad terrible, durante el cual no se oyó más que el crujido de un cabrestante movido vertiginosamente y el ruido de las calderas a presión.

De pronto se movió el crucero, primero despacio, luego más de prisa, cada vez con más rapidez; púsose en tensión el grueso cabo sujeto a su popa, crujió, gimió, parecía que iba a romperse... pero no cedió una pulgada.

Casi al mismo tiempo comenzó un gran clamoreo sobre el mar, a doscientos metros de distancia: eran gritos, órdenes confusas, exclamaciones de estupor.

—¡Dios mío!—balbució miss Polly, acercándose a Alberto Wendover, que no manifestaba la menor turbación—.

¿Qué ocurre, qué significa ese vocerío?

—¿No comprendéis, querida amiga mía?

—No, lo confieso.

—Es muy sencillo: remolcamos el yate del príncipe de Gales; le robamos, nos lo llevamos, desde su quilla hasta la punta de sus mástiles, desde el más humilde mozo de a bordo hasta su real propietario. Eso es todo.

—¡Oh!, ¿no es esto un sueño?

—Ya lo véis.

—¿Pero cómo... cómo os habéis arreglado?

—No hay en ello nada de extraordinario, miss; mi oficial y yo nos hemos acercado al yate provistos de escafandras y de buenas limas; hemos descendido bajo el agua, hemos cortado las cadenas de las anclas que tenían inmóvil la nave, unimos el cabo de remolque a una de las cadenas cortadas mediante un mosquetón previamente dispuesto, y... el resultado de estas sencillas operaciones vos misma lo véis.

—Es maravilloso.

—Todo lo contrario.

—¿Qué audacia!... Pero la escuadra inglesa nos seguirá.

—Os engañáis; todos los barcos de la escolta tienen los

fuegos apagados, y, por tanto, antes de que estén en disposición de seguirnos, estaremos lejos.

—Nos bombardearán.

—Por el contrario, se guardarán bien de hacerlo; la noche es oscura y correrían el riesgo de hundir el yate.

—¿Y si los marineros de éste cortasen el cabo?

—No pueden.

—¿Por qué?

—Porque entre los escobenes y nuestro cabo hay varios metros de cadena del grueso de un brazo de un hombre, que ningún hacha podrá cortar.

—¿Y si limasan la cadena o la soltasen del cabrestante?

—No tendrán tiempo; o será demasiado tarde, porque estaremos ya en alta mar y seremos dueños de hundir impunemente el yate en cuanto su tripulación intentase una resistencia inútil.

Miss Polly cogió una mano al atrevido joven.

—Tenéis respuesta para todo—dijo con acento de admiración—; por tanto, todo estaba calculado. Tenéis razón; la victoria es vuestra. Dios protege a Irlanda.

No había aún terminado la frase cuando se oyó una voz en lo alto de una cofa:

—¡Alerta!

—Es el vigia—exclamó Alberto, estremeciéndose—. ¿Qué dice?

—Escuchad—balbució miss Polly, nerviosa—. ¡Ay, Dios mío!

El marinero de guardia, desde su puesto de observación, pronunciaba en aquel momento estas palabras:

—¡Faros de posición a la vista!... ¡Seis buques navegando en escuadra!...

V

EL DESQUITE DEL «THUNDERBOLT»



El efecto producido por tales palabras sobre el ánimo de Alberto Wendover fue terrible. El joven comandante del *Crucero sin nombre*, al oírlas, quedó como aniquilado durante algunos momentos, sin hacer un gesto ni articular palabra. Tanto tesoro y astucia, destruido; su amirable plan, inútil, y una victoria tan notable, para cambiarse probablemente en una tremenda derrota, pues aquella nave rápida y potente, pero sola, iba a ser cercada, tomada entre dos fuegos, deshecha por una lluvia de hierro.

El vigia, apostado en la cofa, había señalado seis buques, de vapor por supuesto, sin especificar su cualidad, claro es; pero no había que hacerse ilusiones: había de tratarse de una división compuesta de buques de guerra, pues los trasatlánticos no viajan en escuadra ni se reúnen nunca en tal número.

—¡Maldición!—exclamó con voz sorda Alberto, rehaciéndose—, el cielo se ha puesto en contra nuestra; estamos perdidos.

Y con rabia concentrada añadió, tras breve silencio:

—¡Por lo menos, haremos que Inglaterra pague cara nuestra muerte!

—¡Alberto!—dijo miss Polly, oprimiéndole un brazo—, ¿qué tremendo pensamiento se te ha ocurrido?

—Polly, te ruego encarecidamente que te retires.

—No.

—Todo está perdido: vete; toma la chalupa que el presidente, en previsión de esta desdichada circunstancia, tenía ya orden de tener dispuesta, y aléjate.

—Yo me quedo.

—¡Aquí no te espera más que la muerte!...

—¿Qué importa?... Moriré a tu lado.

—¡Admirable mujer!... Quiero que vivas; eres joven y puedes ser feliz aún.

—Sin ti, de ningún modo, Alberto.

—¡Ah!, me destrozas el corazón. Déjame, sálvate, lo suplico, lo deseo... lo quiero.

—Yo me quedo.

—Te haré arrancar de aquí a viva fuerza.

—¡Cruel!... ¿No ves, no comprendes que te amo, y que el separarme de ti me mataría?

Y miss Polly rompió a llorar amargamente.

—Bueno, quédate—dijo entonces el joven, vencido por la emoción—. Pero quiero que vivas; quiero vivir yo también, ser feliz... El trono inglés no perderá por ahora su heredero, pero nosotros nos salvaremos.

Y con voz tonante, ordenó:

—¡Cortad el cabo de remolque!

Tal orden produjo un momento de duda a bordo del crucero; era precisa una fuerza de ánimo excepcional para abandonar así, de un golpe, semejante presa, conquistada a fuerza de temeridad fabulosa, de grandes temores.

Pero en aquel instante varios cañonazos partieron de los buques de escolta anclados frente a Sydney y varios focos potentes de luz blanca brillaron en cada uno de ellos, surcando las tinieblas.

Evidentemente, el estruendo de la artillería y el cruce improvisado de la luz de los reflectores sobre aquel líquido espejo hubieron de parecer cosa sospechosa, o, por lo menos, digna de consideración por parte de los seis buques que llegaban.

Al punto encendiéronse, uno tras de otro, seis haces luminosos a bordo de éstos, y comenzaron a explorar el Océano, de modo que el *Crucero sin nombre* y el yate real se vieron en breve envueltos en una especie de nube luminosa, en la que se destacaban de modo maravilloso sus dos moles.

Quien haya asistido a maniobras navales nocturnas, puede comprenderlo.

Alberto Wendover, viendo que se dudaba en obedecer su orden, mientras el peligro de verse acorralados y cerrada toda puerta de escape era cada vez más inminente, repitió con una especie de rugido:

—¡Pronto, canallas, cortad el cabo, o dentro de cinco minutos será demasiado tarde!

El presidente de los fenianos, que hasta entonces había esperado en la victoria, hizo un gesto de coraje, blandió una segur, se precipitó a popa y, mediante algunos golpes, cortó la enorme cuerda, que se rompió, dejando libre al yate real, sobre el cual reinaba una confusión indescriptible.

El *Crucero sin nombre*, libre de aquel ligamento que le impedía, como a un fogoso corcel refrenado, su impetuosa carrera, se lanzó hacia adelante a todo vapor, levantando con su ahilado tajamar verdaderas montañas de agua, en medio de un fragor de torrente.

Eran las primeras horas de la madrugada; un fuerte viento sudeste comenzaba a remover el Océano, y empujaba, en medio de la oscuridad, torbellinos de nubes bajas y densas.

Alberto Wendover se aprovechó de ello para ocultarse y huir a los rayos de los reflectores que seguían al crucero.

La táctica del joven comandante era sencillísima: puesto que los seis buques de guerra formaban una especie de inmenso semicírculo, dentro del cual habría sido deshecho con facilidad, a fin de evitar el peligro de verse entre dos fuegos, debía esforzarse por pasar entre la costa y una de las extremidades de la móvil curva, mejor que por entre las dos naves del centro.

No quedaba, por tanto, más que ver cuál de los dos extremos era más fácil de pasar y, por tal razón, el preferible.

Alberto no se detuvo mucho a pensar: había que obrar y obrar con prontitud. Agarró con mano segura la rueda del timón, dió algunas vueltas a babor y lanzó el crucero en dirección nordeste, cortando la línea de ruta a la última nave enemiga en ángulo agudo a una distancia de trescientas yardas.

(Continuará en el número próximo.)

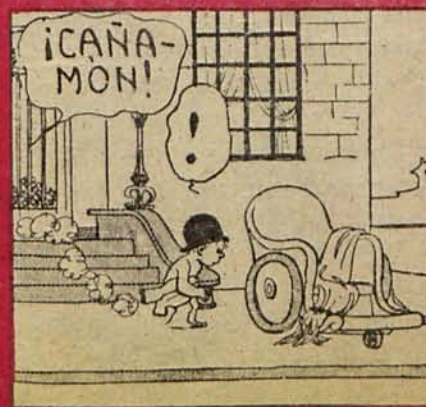
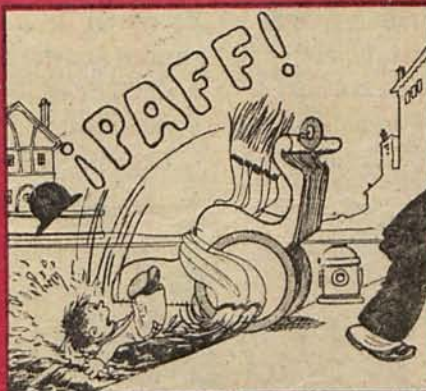


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POTIPÁN Y CAÑAMÓN



CUENTOS DE CALLEJA

ALBERTO EL HOLGAZAN

Castillo



ADA, imposible. No había modo de conseguir que Alberto permaneciese en clase atento a las explicaciones del profesor. Aquel muchacho siempre estaba distraído; unas veces pintando monigotes en los libros o en los cuadernos; otras, haciendo pajaritas y muñecos de papel, que luego pegaba furtivamente en la espalda de sus compañeros; otras, rayando con un cortaplumas la madera del banco... Jamás se le hallaba mirando al profesor y escuchando sus explicaciones con ánimo de aprenderlas; y como tampoco estudiaba en casa, porque todo el tiempo le parecía poco para jugar y divertirse, Alberto era un ignorante que nunca sabía la lección y que, a fuerza de reprimendas y malas notas, había llegado a esa situación lamentable en que, perdidos la vergüenza y el pudor, se oyen y se reciben con indiferencia las más severas y justas reprensiones.

Asistía Alberto a la cátedra de Química. Cierta día, cuando el profesor comenzaba a explicar la lección, el mozo cometió una falta grave, gravísima, y fué que, haciendo una bolita de papel y mojándola en saliva, la arrojó sobre el profesor, Don Atanasio, estampándola en uno de los cristales de sus lentes. El profesor se levantó muy enfadado, y como sabía que nadie más que Alberto era capaz de aquella irreverencia, a Alberto se dirigió y, cogiéndole por un brazo, le expulsó de la clase por indigno de estar en ella.

Cuando se serenó un poco la reunión, continuó Don Atanasio tranquilamente su conferencia. Se trataba de probar que el ácido carbónico es un gas asfixiante, irrespirable, venenoso.

Antes de comenzar la experiencia, habló Don Atanasio del mecanismo de la respiración, diciendo:

—El aire, hijos míos, contiene un gas llamado oxígeno, que es el que interviene principalmente en las funciones respiratorias. Penetra en nuestros pulmones y

allí se combina con la sangre, manteniendo de esa manera la vida. Pero, así como no podemos vivir sin oxígeno, el exceso de este gas nos sería funesto, como vais a ver inmediatamente.

Y cogiendo un pajarillo, lo introdujo en una campana de cristal llena de oxígeno puro. El animalito, apenas respiró aquella atmósfera, se puso muy alegre, comenzó a aletear con regocijo y entonó uno de sus cánticos más agradables.

Los muchachos, al ver lo feliz que se sentía el pajarillo, dijeron al maestro:

—Pues si nosotros respirásemos oxígeno como el pajarillo, estaríamos tan alegres como él.

—Seguid observando—exclamó Don Atanasio por toda contestación.

Y, en efecto, aquel pajarillo, que tan alegre estaba, comenzó a respirar dificultosamente, hasta que, por fin, abrió las alas y cayó desplomado.

—Ya véis—añadió Don Atanasio—cómo el exceso de oxígeno produce la muerte. Por eso la atmósfera que respiramos sólo contiene una parte de oxígeno mezclada con cerca de cuatro partes de nitrógeno. La proporción más aproximada es: 21 partes de oxígeno y 79 de

nitrógeno, además de otros gases en menores cantidades, como ácido carbónico, argón, vapor acuoso, etc., que modera la acción excitante del oxígeno. En cuanto al ácido carbónico—añadió el profesor—, es un gas que mata a quien lo respira en grandes cantidades, porque envenena la sangre y produce la asfixia. Este gas es más pesado que el aire, de manera que siempre está al ras del suelo. Hay en Nápoles una gruta, llamada del Perro, porque allí el ácido carbónico llega a la altura de uno de estos animales, y, al penetrar en ella, bastan pocos minutos para privarles de la vida. En cambio, como no llega a la altura de un hombre el ácido carbónico allí acumulado, puede una persona penetrar en la gruta sin daño alguno.





Para demostrar los peligros a que expone respirar el ácido carbónico, Don Atanasio cogió otro pajarillo y lo introdujo en una campana llena de este gas.

Cuando el pobre animalejo se encontró en aquella atmósfera mortífera, abrió desmesuradamente el pico y los ojos, hinchó su pecho, y de súbito, como herido por el rayo, inclinó la cabeza hacia un lado y cayó; su cuerpo quedó inmóvil sobre la base de la campana, como un ovillo de esponjadas plumas, entre las cuales apenas se percibía la boquita húmeda y entreabierta.

Los estudiantes contemplaban aquel espectáculo con lástima y dolor, señal evidente de que aquellos jóvenes tenían sentimientos delicados, y hasta hubo uno que, sin poderlo evitar, exclamó compasivamente:

—¡Pobrecillo!

Pero el profesor les dijo que, aunque el maltratar a los animales era acción infame y perversa, aquel experimento nada tenía de reprehensible, toda vez que se trataba de un hecho científico tan importante como la desolladura de las ranas, hecha por Galvani para demostrar la existencia de la corriente eléctrica, y que sirvió a Volta de base para la fecunda invención de su famosa pila.

—Precisamente—añadía el bueno de Don Atanasio—estamos en una época del año en que es preciso tomar grandes precauciones contra este terrible ácido carbónico. Ya saben ustedes que, al fermentar el mosto que ha de producir el vino, el azúcar de la uva se descompone en alcohol y ácido carbónico. El primero se disuelve en el agua del mosto, y el segundo se desprende en burbujas y se esparce por las bodegas, envenenando el aire, y muchas veces ha sucedido que, por ignorancia o por imprevisión,

la entrada en las bodegas ha costado la vida a algunas personas. Conque, tengan ustedes cuidado.

Entre tanto, Alberto, expulsado de la cátedra por su pésima conducta, no sabía qué hacer ni a dónde dirigirse; estuvo indeciso unos momentos, hasta que, al fin, determinó ir a su casa, seguro de no encontrar en ella al padre,

que a tales horas se hallaría ocupado. En cuanto a la madre, que era una señora complaciente en grado excesivo, Alberto estaba seguro de que le perdonaría la falta si llegaba a tener noticia de ella.

Entró, pues, Alberto en su casa; pero no había llegado aún a la escalera, cuando vió colgadas en un rincón de la pared las llaves de la bodega.

Como un relámpago, cruzó por su cabeza una idea que le hizo sonreír y relamerse los labios, y, dirigiéndose a la espetera, tomó las llaves, echó a correr como un loco y, atravesando dos o tres callejas, salió al campo. La tarde estaba hermosísima. El cielo, saturado de luz, bañaba



en ella los verdores de una vegetación llegada a su más exuberante esplendor, descubriéndose un bello panorama lleno de los más ricos matices y de los más hermosos cambiantes. Los labradores vagaban de un lado a otro, cultivando la tierra al compás de sus canturias populares, y allá, en el fondo, la recortada línea de las montañas completaba aquel delicioso conjunto. Pero Alberto no estaba para admirar las bellezas naturales. Tenía los sentidos embotados y la atención fija tan sólo en una idea: la de saborear el dulce mosto que en aquellos momentos fermentaba en las repletas cubas de la bodega. ¡Y que no era rico! Ya se reclamía nuestro hombre pensando en aquellas sabrosas dulzuras del zumo de la uva, cuando sacó la llave, abrió la puerta y penetró.

—¡Por fin!—se diría; y con la sonrisa en los labios se aproximó a una cuba de mosto en fermentación.

¡Pobrecillo! Apenas había llegado al pie de la cuba, cuando sintió en el pecho una terrible angustia, abrió la boca y los ojos. sintió latirle las sienes, y, de pronto, cayó al suelo para no levantarse más. El ácido carbónico, de que había hablado Don Atanasio, le asfixió, arrebatándole la vida. La ignorancia, la holgazanería y la gula costaron la vida al desdichado Alberto. La ciencia es útil porque con sus enseñanzas se evitan muchos tropezos; pero para gozar de sus beneficios hay que dominar los caprichos y malos instintos y escuchar las lecciones de los que nos quieren bien y saben más que nosotros.

FIN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero que me hables, mi querido buho, de un animal que, aunque me es extremadamente antipático, aviva extraordinariamente mi curiosidad. ¿Sabes a qué animal me refiero?

—Si no me lo dices no sé cuál es.

—La araña.

—Efectivamente; es curiosísimo este animal. A pesar de que su aspecto es repugnante y su estructura poco atrayente, es digno de estudio el trabajo que desarrolla en la construcción de esa red llamada tela de araña, en la que caen prisioneras las víctimas que proporcionan su sustento.

—Eso es lo que a mí me interesa, querido buho, saber cómo se las arregla para construir esa maravillosa red en la que tantas veces he visto caer moscas, mariposas, hormigas y otros animalitos.

—Y en cambio habrás observado que la propia araña corre por la red de un lado para otro sin el menor temor de quedarse adherida entre sus mallas.

—Efectivamente, y ya puedes comprender cuánto me ha intrigado esta observación. ¿Por qué todos los bichos se quedan pegados en la malla, y en cambio a la araña no le sucede lo mismo?

—No es fácil la explicación, Chononcito. Toda la red está revestida de una substancia viscosa de extraordinaria adhesión. Únicamente en el centro de la red hay un espacio libre de esta viscosidad, y es donde corrientemente se encuentra la araña acechando. Está explicado que en este sitio no haya riesgo de quedarse pegada, pero en el resto de la red no se explica. Únicamente puede atribuirse este fenómeno a la especial estructura de sus patas.

—¿No tendrá en ellas alguna materia refractaria a la adhesión?

—No se ha encontrado tal materia. En cambio se aprecian unos peines en las terminaciones de las patas que le permiten asirse fuertemente y correr por toda la malla con facilidad asombrosa.

—¿Tarda mucho tiempo en fabricar esta misteriosa red?

—Basta una sola noche para comenzar y ultimar este magno trabajo. La obra de ingeniería que esto representa es una de las maravillas que encierra la arquitectura del reino animal.

—Sería una observación interesantísima vigilar la construcción de una de estas redes, ¿verdad, buho?

—Esto mismo han debido pensar los curiosos naturalistas que ya han hecho la observación.

—¿Pero cómo han podido hacer este estudio si dices que la araña teje su red durante la noche?

—La Fotografía, querido Chonón, es un poderoso auxiliar del hombre en estos casos?

—Ya lo sé; pero, ¿y la luz?

—Para eso está el magnesio.

—Pero se asustará la araña al ver los fogonazos.

—Se procura escoger noches tormentosas, porque de este modo

los fulgores del magnesio se confunden con los de los relámpagos.

—No está mal el truco. Dime, pues, qué se ha visto, qué se ha observado. Estoy intrigadísimo.

—Se ha visto que al atardecer sale la araña del refugio donde está escondida durante el día y con gran cautela examina las ramas que tiene más cerca. Escoge una, la que encuentra más resguardada del aire y de la lluvia. En esta rama fija el extremo de una finísima hebra, que segrega de unas glándulas llamadas hiladoras, y se deja caer en el aire, quedando suspendida de esta hebra y balanceándose como si estuviera en un columpio.

—No comprendo cómo esta hebra soporta el peso de la araña.

—Pues lo soporta perfectamente. Su resistencia es extraordinaria. Hasta tal punto, que se ha podido apreciar que, después de grandes tempestades de viento, ha habido telas de araña que sólo han sufrido ligeros desperfectos.

—Es portentoso. Sigue adelante, querido buho.

—La araña permanece unos instantes pendiente de la hebra, y, cuando ya ha calculado la distancia, da un salto a otra rama próxima, quedando de este modo tendido el primer hilo de la red. Desde esta nueva rama salta a otra, tendiendo otro hilo que une con el primero. De esta forma tan ingeniosa, el pequeño arquitecto se ha construido un camino por el aire que le sirve de guía y punto de apoyo para tender todos los demás hilos. Pero es de observar que primero tiende unos radios, que son el armazón de la malla, y luego una serie de hilos circulares y concéntricos que completan la maravillosa labor.

—¿Y todo lo hace en una noche?

—Cuando los primeros rayos del Sol asoman por el horizonte, la tela de araña está completamente terminada.

—¿Y qué hace entonces?

—Durante el día permanece inmóvil esperando que caiga alguna víctima.

—¿Y tú no te has fijado, amigo buho, que estos arácnidos se esconden también en unos pequeños túneles que ellos mismos se hacen con la misma tela de que está hecha la red?

—Efectivamente. Este conducto, al que tú llamas muy bien pequeño túnel, es otra tela que la araña se construye para depositar sus huevecillos. Allí permanecen ocultos hasta que llega el momento de ser incubados. Por cierto que he de advertirte que, tan pronto las crías de arañas están en condiciones de alimentarse solas, huyen del hogar materno, porque si no, corren el peligro de ser devoradas por la propia madre. Por eso muchas arañas pequeñas dejan que el viento las arrastre y aleje del nido en que nacieron.

—Sí; que es para poner pies en Polvorosa.

—Y para perder las señas de la casa, ¿verdad?

—Ya lo creo.



CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

Pueden tomar parte este nuevo **Gran Sorteo de Regalos**, no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre, magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baul «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número publicaremos una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos. Por cada cupón que falte habrá que pagar un real, de modo que tened buen cuidado y guardarlos bien para que no falte ninguno al final.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número. Los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros números de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **Cuarto Gran Sorteo de Regalos**. Los demás detalles serán publicados oportunamente

PINOCHO

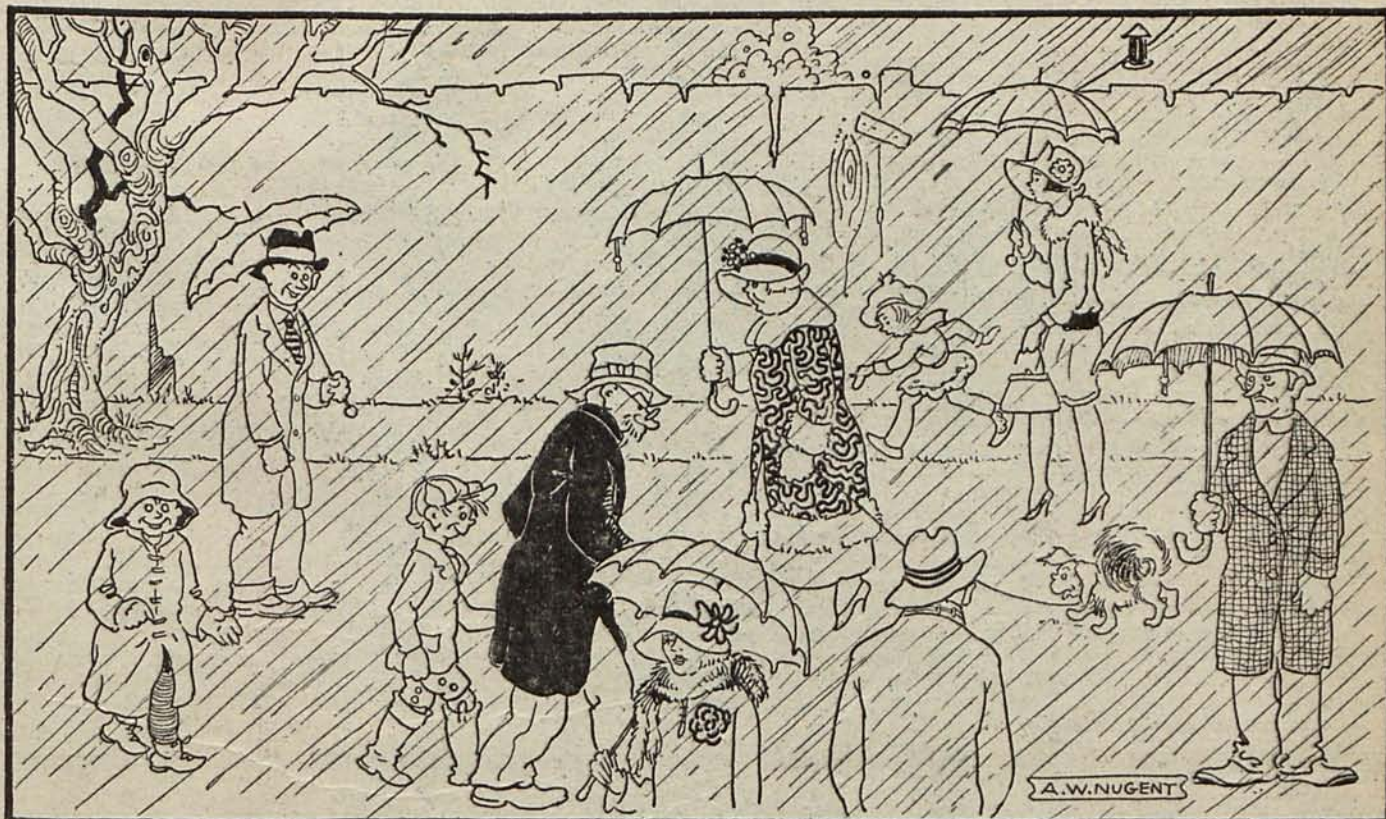
SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

COPÓN N.º 8

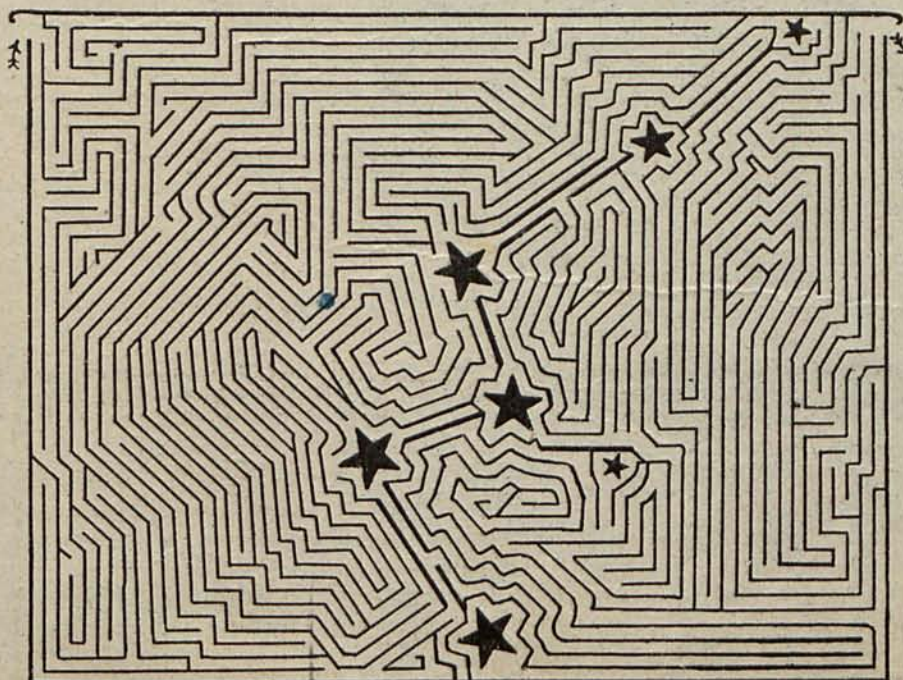
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remiten mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Once son los errores que hay en este dibujo; a poco que os fijéis los hallaréis, pues se trata de errores que ha cometido el dibujante en el indumento de estos personajes y en los accesorios. Uno de los errores, por ejemplo, es que la señora que tiene un gabán con rayas lleva un paraguas de caballero.



LABERINTO

Para hallar la solución de este laberinto hay que visitar las cinco estrellas, para lo cual tenéis que entrar por una puerta y salir por la otra.

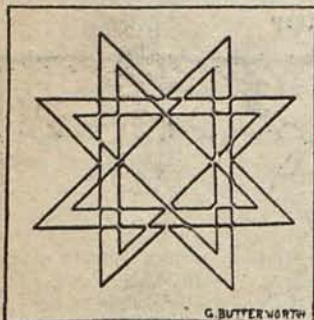
CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE JULIO. 128

Envío del Pinochista D.

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE DICIEMBRE NÚMEROS 94, 95, 96 Y 97.

(Conclusión.)

LA ESTRELLA



G. BUTTERWORTH

Un dibujo de Paco Morronguís.

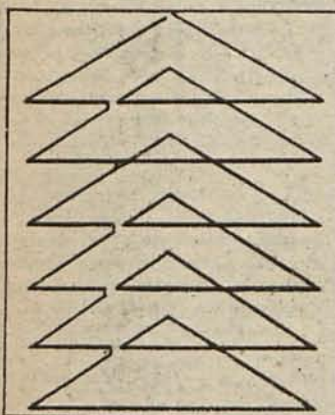
DON CHIMPANCÉ Y DON LOBO



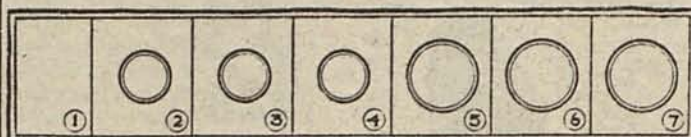
ROMPECABEZAS



Pipiolín y las vacas.



EL PROBLEMA DE LAS FICHAS



Solución.

La ficha 2 pasa al cuadro 1. La 5 al cuadro 2. La 3 al 5. La 6 al 3. La 7 al 6. La 4 al 7. La 1 al 4. La 3 al 1. La 6 al 3; y la 7 al 6. Como veis, son los diez movimientos de que os hablaba al pie de este problema.



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE FALLO DEL JURADO

PREMIOS

Primer premio.—José Pacheco Rodazábal, Bilbao.
Segundo premio.—Benjamin Martínez Jardiel, Sevilla.
Tercer premio.—Antonia Alcaide Fernández, Cáceres.
Cuarto premio.—Josefina Sánchez Farinelli, Buenos Aires.
Quinto premio.—Agapito López Muñoz, Barcelona.

ACCÉSITS CON DIPLOMA

Juan Gutiérrez Sanromán, Salamanca; María de los Ángeles Alcoy, Murcia; Juanita García, Valencia; Milagros Sanchis Soler, Valencia; Asunción García Portes, Huesca; Juan Martín Martín, Teruel; Jacinto Nombela, Vigo; Emilio Barrera Novillo, Jaén; Carlos Tomelloso Barberá, Toledo; Federico Fernández García, San Sebastián; Alberto Herrera Pajares, Sevilla; Luis Hinojosa Cebrenos, Ávila; Asunción Paniagua, Medina del Campo; Joaquín Torán, Valladolid; Norberto Zubizarreta, Bilbao; Agustín Agualla Jiménez, Madrid; Constantino Camacho, Salamanca; Salvador Martín Becerra, Madrid; Antonio Barceló, Madrid; Ricardo Costa Elicigaray,

Vitoria; Nicolás López Contreras, Pamplona; Eusebio Escrich Larreta, Zamora; Marcial Barbero Gorrocheaga, Burgos.

Los premios consisten en libros de **Cuentos de Calleja**. El accésit consiste en un **diploma** con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la **Administración de PINOCHO**, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a **PINOCHO**, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

¿QUÉ PINOCHISTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Federico Igual.—No me es posible, querido Federico, fijarte la fecha en que aparecerán tus dibujos en mi Revista. Ello depende de cuando les corresponda por el turno riguroso de su llegada. Desde luego, saldrán porque están estupendísimamente hechos. No les des color otra vez que me mandes más trabajos, porque nos exponemos a que sólo salga un borrón negro. ¡Si pudieran salir con los mismos colores que tú empleas, qué lindísimos estarían! Tuyo incondicional.

Nati Velarde.—Es un verdadero primor la casita de campo que titulas «Villa Pirula». Precisamente el campo es la debilidad de Pirula. Tu casita la ha llenado de gozo. Las gallinas, los conejos, el pozo, el jardín. ¡Qué delicioso atractivo para irse a pasar el verano! Recuerdos de Pirula, Laura, Morronguis, Currinche, etc., etc.

Luis V. Saldaña.—Yo quisiera, querido Luisito, que todos tus dibujos salieran en mi Revista; pero te has olvidado cumplir un requisito indispensable, y sólo voy a poder publicarte uno de ellos. ¿Cuál va a ser? La elección es terrible para mí, porque todos están a cual mejor. Son magníficos. Lo que voy a hacer es sortearlos, y al que le toque salir saldrá en mi Revista. Los demás necesitan un cupón cada uno. Yo espero que tú me los mandes, y así todo quedará arreglado. ¿No te parece? Un apretadísimo abrazo.

Marcelo Sanabria Sánchez.—No habrás visto que publique ninguna adivinanza ni que se anuncie la admisión de esta clase de trabajos. ¿Razón? Es bien sencilla. Si publicásemos adivinanzas aumentaríamos más de lo conve-

niente la «Sección de pasatiempos» y todo en mi Revista tiene que estar ajustado a sus límites para que todo pueda tener cabida. Lo siento mucho, querido Pinochista, pero comprenderás que no está en mi mano el remedio. En cambio, el magnífico dibujo que me envías saldrá a su tiempo. Muchos abrazos.

Manolito Aguado.—Me has enviado un retrato tan sumamente borroso, que si lo reproducimos no se va a ver nada, y supongo que no te gustaría que al pie de una cosa en la que no se vea nada se pudiese tu nombre. ¿Me enviarás otro que esté mejor? Así lo espera tu incondicional amigo.

José Rodríguez Méndez.—Siento muchísimo que tu dibujo, por cierto magistralmente resuelto, no se pueda publicar. Es norma del Consejo Pinochista no publicar dibujos que sean alusiones personales, aunque éstas alaben a la persona reproducida. Hazme otras cosas, que las harás muy bien, sin alusión alguna y se publicarán a su tiempo. ¡Ah! Y no te olvides de enviar el cupón correspondiente. Abrazos de Tin, Ton, Don Turu, Morronguis y de tu gran amigo

Pinocho

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE ENERO

NÚMEROS 98, 99, 100, 101 Y 102

PREMIOS, consistentes en libros de Cuentos de Calleja.

Cuentos.—Primer premio: Pilar Romero Fernández, Madrid. Segundo premio: Mercedes Rey, Habana.

Historietas.—Primer premio: Antonio Ruano, Madrid. Segundo premio: Manuel Nieto.

Dibujos.—Primer premio: Luisito Pontes. Segundo premio: Gregorio Pérez, Yecla.

Chistes.—Primer premio: Antonio Valverde, Ceuta. Segundo premio: F. Galiana, Madrid.

ACCÉSITS CON DIPLOMA, consistentes en un Diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Cuentos.—Ruth M. Bustelo, Buenos Aires; Amelia Mayo, Madrid; Carmen Camino, Madrid; Mareelito Deslandes.

Dibujos.—Rafael Cañellas; Pilar Cáceres; Rafaelín Cáceres; Mercedes Illera; José Baqué; Antonio Sánchez, Plasencia; Carmen Urrutia; Víctor Fernández; Alicia Martínez; Carlos Rivera; Luis Castro; Federico Pruneda; V. Tacón; Salvador Rivero; Juanita Mu-

ñoz; Aurorita Carrasco; José Angel Iturria; Antonio Maza; Carmen Roderio; Manolo Cabrera; C. Marcos, Cangas de Tineo; Josquin Rabago; Mauro Rodríguez; Gabriel Monge; Recaredo Garay, Madrid; Lolita Mendoza, Madrid.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MUEBLISTA

Con un tonel, dos butacas.—¡Qué buena sorpresa! Al llegar este año a nuestra casita de campo, hemos descubierto en la cueva un tonel vacío. ¿Qué hacer con él?

No vale la pena venderse al tabernero de la esquina: ¡daría tan poco por él! Entretenerse en hacerlo rodar, no es un juego muy divertido, que digamos. Yo os voy a indicar, para este tonel, un empleo magnífico y que no podéis sospechar. Nuestro tonel nos va a servir para fabricar nada menos que... ¡dos butacas! Veréis cómo:

Colocado el tonel en el suelo, en sentido apaisado, se divide en dos mitades, partiéndolo por el centro, con una sierra, en sentido vertical, claro está. Cada una de estas dos mitades de tonel, la vamos a convertir en una butaca muy original y muy moderna.

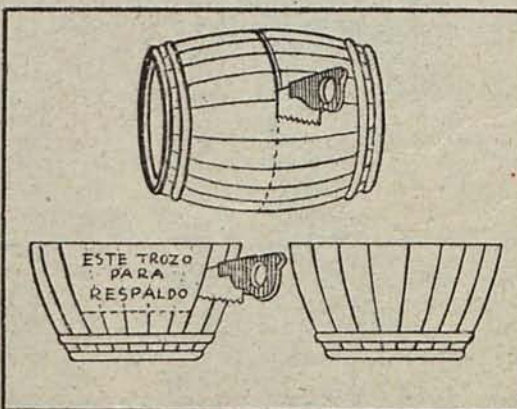
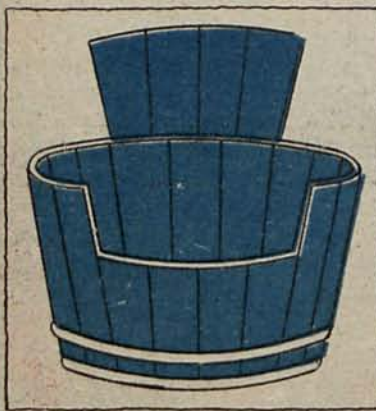
Se coloca esta mitad del tonel en el suelo, sobre su base, o sea con el hueco hacia arriba; y con la sierra se dan dos cortes de arriba abajo, llegando hasta una distancia de unos treinta centímetros del suelo; luego se quita, serrando en sentido horizontal, la parte de madera comprendida entre los dos cortes.

De este modo, la parte alta, o sea la que se ha dejado intacta, constituirá el respaldo y los brazos de la butaca; mientras que la parte que queda baja, será el asiento. El hueco se llena con crin vegetal, sobre el cual puede colocarse una almohada plana, bordada con lana, a punto de cruz, de cadeneta, o de lagartera, o al pasado, en colores vivos, sobre cualquier tejido barato: crudillo, tursor de algodón o retor.

La butaca se pintará exteriormente con colores y dibujos que hagan juego con la almohada del asiento. Si se quiere, se le pueden añadir cuatro patas con ruedas; pero esto, sobre que exigirá probablemente la cooperación de un carpintero, no me parece necesario; quizás esté más graciosa, más moderna, la butaca tal cual, muy baja, adecuada por su altura y su estilo a nuestra cama-diván y a nuestra mesita enana. Lo que sí conviene es la adjunción de las cuatro ruedas, gracias a las cuales el mueble será más manejable y transportable.

Pero, ahora caigo en la cuenta de que quizás en la cueva de la casita de campo no se encuentre ningún tonel vacío. Entonces...

Entonces, como es tan caprichosa la idea de transformar una cuba en dos butacas y tan divertida su ejecución, yo creo que vale la pena de hacer para ello un pequeño gasto inicial; sí, yo os lo aconsejo: no desaprovechéis la idea que os brindo; si no tenéis tonel... ¡compradlo!



JUEGOS DE PIRULA

La Casa de Fieras.—¿Recordáis la historia de aquel niño a quien el día de su santo un tío suyo le regaló un magnífico tambor? Su padre se asustó al ver el ruidoso instrumento, diciendo: «¡Ay, Dios mío! ¡Cómo me vas a atolondrar con tu tambor!» Y el niño se apresuró, para tranquilizarle: «No te apures, papá; a fin de no molestarte, solamente tocaré el tambor cuando estés durmiendo.»

Otro tanto podía suceder con el juego que os voy a explicar, y que es bastante ruidoso también; os aconsejo, para evitar complicaciones familiares, que no lo juguéis en casa... ni aun cuando duerma todo el mundo, no sea que vuestros papás se enfaden conmigo y digan: «¡Caramba con Pirula! ¡Ya podía guardarse sus ocurrencias!» Por eso he aguardado, para hablaros de este juego, a que llegue el verano y tengáis facilidad de divertir os en el campo o en el jardín.

Mi juego—quizás lo conocéis ya, aunque no es nada vulgar—, es como sigue: Se designan dos niños, que serán uno el director de la casa de fieras, y el otro el comprador. Todos los demás niños se reúnen y se conciertan en secreto, eligiendo cada uno el animal que

quiere representar; conviene elegir solamente animales cuyo grito sea muy conocido: el perro, el gato, el borrico, el gallo, el león, etc. Si sobran niños, pueden elegir varios el mismo animal; el juego resultará así doblemente divertido. Terminada la elección de animales, todos los niños se ocultan cuidadosamente detrás de muebles, árboles, cortinas, rocas, lo que sea.

Entonces, entre el director y el comprador se entabla el siguiente diálogo:

DIRECTOR.—¿Qué desea usted?

COMPRADOR.—Vengo a comprar tres animales de su establecimiento.

DIRECTOR.—Muy bien; precisamente tengo una colección magnífica, en la cual figuran todos los animales.

(Al pronunciar el director estas palabras: «todos los animales», todos los niños lanzan a un tiempo cada cual el grito que le corresponde.)

DIRECTOR.—¿Desea usted un perro?

(Al pronunciar el director la palabra «perro» (que lo mismo pudiera ser, naturalmente, otro animal cualquiera), el niño, o los niños que representan al perro, rompen a ladrar. Luego, todos los animales, quiero decir todos los niños, salen de su escondite.)

COMPRADOR.—Bueno, me llevaré este perro.

Y tiene que designar al niño que ha ladrado. Si acierta, se lo guarda, y pasa a elegir a los otros dos, de la misma manera. Pero solamente tiene derecho a elegir cinco veces; si en estas cinco no acierta con tres animales, renuncia a los que ya tenía acertados; se le destituye de su cargo de comprador y se nombra a otro niño; él permanece avergonzado en un rincón, y cada vez que los demás ladran, maullan, rugen o cacarcean, el debe repetir muy alto: «el más tonto de todos soy yo».

Claro que este juego es un pretexto para pagar prendas; de esto de las prendas ya nos ocuparemos otro día.

